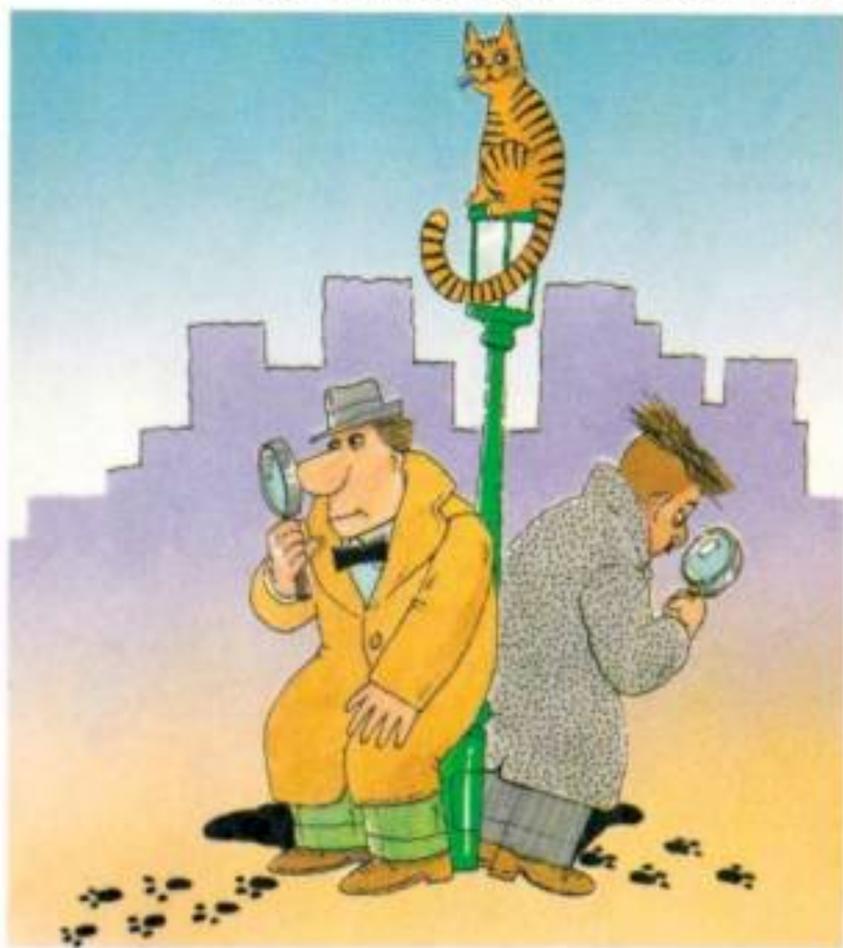


ala delta

Pedro SORIA
FERNÁNDEZ-MAYORALAS

**OTRA VEZ LOS DETECTIVES
LÓPEZ Y BALDOSILLO**



Los casos que los detectives López y Baldosillo deben resolver son poco comunes, tanto como sus métodos de investigación. De ahí que viajen a la Luna, se conviertan en unos desmelenados cantantes de *rock* o den con el gemelo del lama que supuestamente recibirá una cuantiosa herencia.

Pedro Soria Fernández-Mayoralas, abogado de profesión, es aficionado a inventar historias de intriga en las que acción y humor se dan la mano.

Índice de contenido

Cubierta

Otra vez los detectives López y Baldosillo

De paseo por la luna

I

II

III

IV

V

VI

Perdida en el edificio

I

II

III

IV

V

VI

Rosenda

I

II

III

IV

V

VI

VII

El caso del acomodador arruinado

I

II

III

IV

V

VI

El misterioso invitado

I

II

III

IV

V

VI

VII

La pesadilla de los cantantes modernos

I

II

III

IV

Otra vez los detectives López y Pedro Soria Fernández
Baldosillo Mayoralas

V

VI

VII

Pito doble

I

II

III

IV

V

VI

De paseo por la luna

I

UN café tomado a destiempo en compañía de su amigo López, a la salida del concierto que la Filarmónica de Lorquí había dado a beneficio del Club de Solteros Misóginos, hizo que Baldosillo no pudiera conciliar el sueño.

Se levantó de la cama dispuesto a tomar el somnífero más barato que conocía: la televisión. Enchufó el aparato y se acomodó lo mejor que pudo. Quince minutos después roncaba como un bendito, mientras un triste locutor intentaba convencer a la audiencia de que la economía iba cada vez mejor.

El timbre de la puerta lo despertó. «¿Quién será?», se dijo.

—¡Mariano!, ¿qué haces tú aquí a estas horas?

López se encontraba frente a él, aseado y oliendo a colonia.

—Son las nueve y cuarto de la mañana —contestó.

—¿Las nueve? Chico, me he quedado dormido en el sofá y creí que todavía era de noche. ¡Pasa y siéntate! Mientras, me daré una ducha.

—He venido por...

—Luego me lo cuentas —le cortó Baldosillo.

López apagó el televisor y sacó el periódico del bolsillo de su abrigo. En la primera página destacaba a grandes letras el siguiente titular: «Boicoteada la misión lunar».

Cuando Baldosillo apareció de nuevo, aseado y perfumado, López había tenido tiempo de leer incluso la sección de deportes, y ahora estaba acabando de completar el crucigrama.

–Término con el que antiguamente se denominaba el acto de comer –soltó López de sopetón.

–Yantar.

–A ver... yantar... ¡Correcto!... ¿Cómo lo has acertado?

–Siempre preguntan lo mismo en ese crucigrama.

López tendió el periódico a su jefe, que leyó en voz alta: «Ayer por la tarde hubo de ser suspendido el viaje a la Luna, previsto para las 17 horas, a consecuencia de un fallo detectado en el sistema de propulsión. El posterior examen de dicho sistema puso de manifiesto que había sido objeto de una manipulación, seguramente por parte de alguien que conoce bien el mecanismo de la nave espacial. Hasta el momento, las investigaciones no han arrojado luz sobre el autor o autores del sabotaje.

Por otra parte, hay que señalar que el director de la misión lunar, el astronauta jefe don Tancredo Cervantes, ha comentado que el obligado retraso no ha venido mal del todo, ya que se habían dejado olvidados en la base los bocadillos para el viaje».

–¿Qué tenemos que ver nosotros con esto?

–El tal Tancredo me ha telefoneado esta mañana para...

–... Que nos encarguemos del caso –le cortó Baldosillo.

II

A las cinco en punto de la tarde, los intrépidos detectives hacían el paseíllo por la entrada de la base espacial,

donde los esperaba Tancredo Cervantes, enfundado en un mono verde con una insignia en el pecho que representaba la Tierra y, en torno suyo, las siglas BEU, o sea, Base Espacial Ultramoderna.

El astronauta se acercó hasta ellos para recibirlos.

—¿Los detectives López y Bambolillo?

—No, Baldosillo —aclaró éste.

—¡Perdón!

Si el mono hubiese sido de otro color, Tancredo habría parecido un repartidor de butano. Viéndolo con su pelo despeinado, sus mejillas sonrosadas y sus encallecidas manos, no podía uno imaginar que fuese ingeniero aeronáutico, doctor en Latín y diplomado en Corte y Confección.

—¡Acompáñenme, por favor!

Subidos en un cochecito experimental, Tancredo los condujo hasta un gran hangar situado al fondo de un valle, por encima del cual sobresalía el conglomerado de hierros que formaban la torre de lanzamiento.

—¿Me permite una pregunta?

—Dígame, Bastoncillo.

—¡Baldosillo!

—¡Ah, lo siento, perdóneme!

—¿Sospecha de alguien?

—De nadie; todo el personal de la base goza de mi confianza.

—¡Pues sí que empezamos bien!

—¿Quién descubrió el sabotaje? —preguntó López.

—Yo mismo.

—Entonces, usted es el primer sospechoso —sentenció Baldosillo.

Tancredo se rió, porque pensaba que Baldosillo lo había dicho en broma.

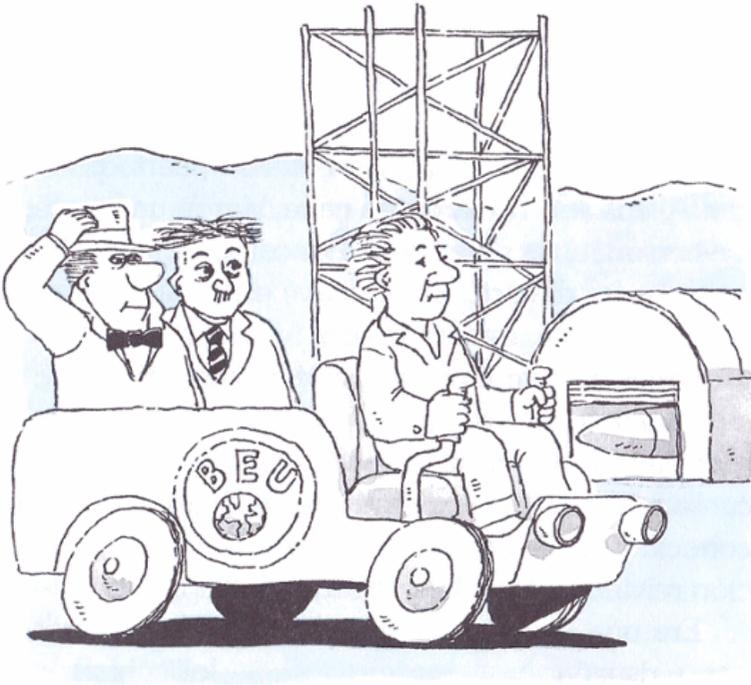
El cochecito llegó hasta la misma puerta del hangar. Al entrar en la inmensa nave, vieron una multitud de personas, también con monos verdes, pululando en todas las

direcciones. La nave espacial, con forma de supositorio, estaba siendo transportada hacia la torre de lanzamiento después de la reparación.

Tancredo llamó a una mujer que llevaba el pelo recogido en un moño. Matilde era su esposa y la encargada de dirigir el viaje desde la Tierra. Se habían conocido en la universidad, durante una manifestación reivindicadora de más tiza para las aulas.

Era una mujer pequeña, nerviosa, de ojos saltarines, y risueña.

–Matilde –dijo Tancredo–, te presento a los detectives López y Batiburrillo.



—¡Baldosillo!

—¡Oh! Otra vez me he vuelto a equivocar.

Matilde les narró cuál era el objetivo del viaje a la Luna: encontrar el reloj perdido por Armstrong. Como los detectives pusieron cara de no entender nada, Matilde, después de arreglarse el moño, siguió explicándoles que con el viaje se perseguía demostrar a los norteamericanos

que los españoles somos capaces de llegar a la Luna sin ayuda de nadie, y para ello nada mejor que devolverles el reloj de pulsera que Armstrong perdió en el satélite, en el año 1969. Sería la prueba irrefutable del éxito de la misión.

—¿Y no podrían comprar otro igual? Así se ahorrarían todo ese esfuerzo.

Tancredo y Matilde rieron la gracia, pensando que Baldosillo no hablaba en serio.

III

Después de acompañar a su mujer a la peluquería de la base, Tancredo los condujo hasta el cohete, instalado ya en posición de despegue, para una última inspección. Baldosillo y López serían los encargados de llevarla a cabo.

Recorrieron las dependencias de la nave espacial, observando meticulosamente todos los rincones, donde, por cierto, descubrieron polvo en cantidades industriales.

—Aquí hicieron el trabajo —dijo Tancredo, tras levantar una tapadera y dejar a la vista un conglomerado de cables.

—¿Y eso qué es? —preguntó Baldosillo.

—El circuito interno del diferencial de la transmisión por láser de la reacción positiva con acelerador cósmico.

—¡Ya!

Tras la inspección, los tres hombres se sentaron en el puesto de mando para discutir algunas cuestiones. A preguntas de López, Tancredo contestó que sólo tenían acceso a la nave él, su mujer, los otros dos astronautas de la misión y el mecánico, que también formaba parte de la expedición.

—Cualquiera de ellos ha podido ser —concluyó Tancredo.

–Cualquiera no, alguien en concreto –rectificó Baldosillo.

–Eso quería decir, Brandosillo.

–¡Baldosillo!

–¡Vaya!, lo siento una vez más.

En éstas estaban cuando un ruido ensordecedor los dejó paralizados. De pronto, la nave comenzó a temblar como si tuviera frío.

–¡Un terremoto! –gritó Baldosillo.

–No, algo peor –apuntó Tancredo–: los motores se han puesto en funcionamiento.

–¿Bromea? –preguntó López.

–En absoluto. Si nadie lo remedia, dentro de tres minutos el cohete despegará.

Pasados los tres minutos, el cohete surcaba el cielo, rumbo a las estrellas, entre el susto de López, el pavor de Baldosillo y el mosqueo de Tancredo. Superados los primeros momentos de indecisión, el ingeniero tomó las riendas y comenzó a organizar el viaje: encargó a Baldosillo que vigilara el nivel de aceite y a López la carga de la batería, mientras él se cuidaba del sistema de alimentación (y no precisamente de la nave).

Tras comprobar que la comida estaba en su sitio, Tancredo estableció contacto con la base.

–¡Aquí base espacial! –contestó Matilde, que apareció en la pantalla del cohete con los rulos puestos.

–Cariño, alguien ha conectado los motores sin contar con nosotros. Ha sido otro acto de sabotaje.

–Eso es imposible, nadie puede conectar el sistema de propulsión desde fuera de la nave.

–Entonces...

–Tú sabrás. Ahora debo regresar a la peluquería; ya me pondré en contacto contigo más tarde.

IV

Baldosillo confesó que, sin querer, había empujado una palanca al apoyarse en ella.

—¡Ahí está, señor Balconcillo! Ése era el mando que activa el dispositivo de arranque.

—¡Baldosillo!

El viaje transcurría sin novedad, ya que el cohete era dirigido por control remoto desde la base. Para no flotar dentro de él a causa de la gravedad, se calzaron unos zapatos con suela de plomo que hacían muy dificultoso el movimiento.

Seguidamente, Tancredo procedió al reparto equitativo de los bocadillos, quedándose con el de jamón serrano y entregando a los detectives uno de quesitos y otro de mortadela. Tras la frugal comida, durmieron un rato la siesta y, cuando despertaron, descubrieron que el módulo ya se había posado sobre la superficie lunar.

—Oigan, ¿base espacial? Aquí Cervantes —la radio producía un zumbido molesto y se produjo una interferencia, durante la cual se escuchó una conversación entre dos señoras que discutían sobre el precio de la pescadilla—. ¡Póngame con mi esposa!... ¿Qué dice?... ¿Que está todavía en la peluquería?... ¡Pues avísela!...

Mientras Matilde llegaba al puesto de control con su recién esculpido moño, los astronautas forzosos y el veterano se colocaron sus respectivos trajes para salir al exterior.

Al pisar el suelo de la Luna, Baldosillo experimentó una sensación indescriptible, como aquella vez que encontró una mesa libre en el restaurante un sábado por la noche. López sintió algo parecido, pero no lo comparó con nada para no desmerecer.

Tancredo echó mano a la mochila que colgaba de su espalda y dijo:

—¡Anda! Con las prisas, se me ha olvidado la banderita... ¿Y ahora qué coloco yo aquí, para que sepan que hemos estado los españoles?

—Tengo una idea —dijo Baldosillo, y se marchó en dirección a la nave.

Unos minutos después, regresó con algo en la mano.

—Pondremos este palo de fregona. Aquí, en la empuñadura, puede leerse *made in Spain*. Lo clavamos, y ya está. ¿Qué os parece?

Tancredo y López se miraron. No sabían si echarse a reír o ponerse a llorar. Así que no hicieron nada.

Con un plano de la zona en las manos, Tancredo organizó la búsqueda del reloj: Baldosillo iría por la izquierda, López por la derecha y él esperaría sentado, porque le había salido un callo con los zapatos de plomo.

Moviéndose torpemente dentro de sus trajes espaciales, los detectives iniciaron la inspección del terreno. Una hora después, regresaban al punto de partida con las manos vacías. Organizaron una nueva batida variando el recorrido, pero con el mismo resultado negativo.

—¡Ufff, estoy cansadísimo! —exclamó Baldosillo, sentándose en el suelo—. ¡Aaay! —Se levantó de inmediato.

—¿Qué pasa? —le preguntó López.

—Me he pinchado con algo.

López examinó el lugar donde se había sentado su socio y halló lo que con tanto ahínco estaban buscando: el reloj perdido.

Tancredo, nervioso y agitado, cogió el reloj y lo observó detenidamente. En su cara se dibujó la expresión del hincha cuyo equipo va ganando por 1 a 0 y termina perdiendo por 3 a 1.

—Éste no es el reloj de Armstrong. Es un reloj ruso.

—Entonces... —comenzó a decir López.

—Los rusos también estuvieron aquí y perdieron otro reloj.

—O sea, que somos los terceros —concluyó Baldosillo.

V

–¡Atención, base espacial!

–¡Al habla Matilde! –Y apareció en la pantalla.

–¡Misión cumplida... a medias! –dijo Tancredo, sin poder evitar ruborizarse ante la belleza de su cónyuge.

–¿Cómo que «a medias»?

–Ya te contaré, cariño...

López y Baldosillo, entre tanto, aprovecharon para comerse un bocadillo de jamón a medias, dejando para Tancredo el de mortadela con aceitunas.

El módulo despegó y, como recuerdo para la posteridad, quedó la fregona *made in Spain* en la Luna.